

# Leed, leed, malditos

por Lourdes Martín, Marta Mercader y Glòria Rocafiguera\*

**H**oy y en nuestro país no existen bibliotecas públicas. Y si existen, lo son sólo potencialmente, puesto que sus usuarios siguen siendo una minoría muy concreta. ¿Quiénes son los que en realidad llenan las salas de lectura? Los bibliotecarios nos preguntamos si tiene sentido nuestro apostolado.

### La caja de sorpresas

Cualquier persona de la calle podría definir 'biblioteca' de un modo u otro. Hay quien diría que es la habitación más noble de una casa, edificio donde se almacenan libros, mueble donde se colocan, o colección de libros publicados por una editorial bajo el nombre «Biblioteca de...». Y no faltaría quien no supiera responder.

Las concepciones tan prosaicas de los adultos contrastan con la capacidad de sorprenderse y la enorme imaginación de los niños. Una compañera de fatigas nos comentaba que, en una ocasión, uno de esos pequeños inquisidores de seis años le preguntó: «¿Qué es una biblioteca?» Intentó encontrar una definición y, lo primero que pensó fue recurrir a su etimolo-

gía. Libro... caja... Caja de libros, o sea, lugar donde se encuentran guardados muchos libros. El niño ignoró su explicación y se quedó con la idea de la caja...

¡Una caja de sorpresas! Al pensar en lo que había dicho, ella se dio cuenta de que era una imagen original. Una caja de sorpresas es un lugar cerrado donde puede haber cualquier cosa. Hasta que no la abrimos no podemos librarnos de la inquietud que produce no saber qué habrá en ella; si contendrá un maravilloso regalo procedente de un rendido admirador o de un pariente rico de Amé-

rica, o simplemente saldrá de ella un muñeco saltarín que nos dejará perplejos. Toda caja es un misterio, contenga lo que contenga. La biblioteca no deja de retener la capacidad misteriosa de toda caja, en donde existe siempre la aventura de encontrar entre el serrín del embalaje un regalo preciado: el libro que aún tiene que escribirse, la historia que aún no ha sido imaginada, la piedra filosofal.

Cualquier cosa no es una biblioteca. Han sido y son llamados biblioteca cuartuchos con cuatro estantes, «decorados» con unas docenas de libros, muestra de editoriales o colecciones patrocinadas por cajas de ahorros y algún que otro donativo de un usuario a quien le molestaban en el



garaje un par de cajas rebosantes de obras mediocres. Muchas escuelas practican el ingenuo deporte de mendigar libros a las instituciones públicas con el afán de llenar las estanterías de una sala de estudio a la que llamarán «biblioteca» sin ningún reparo. Con un fondo tan atractivo como los almanaques de La Caixa del 1966-76, la memoria de las actividades del Departamento de Industria y Energía del año 1979, y un par de enciclopedias, es difícil que un niño adquiera un hábito de lectura y que se acerque por iniciativa propia a una biblioteca. Lo hará pero por otras motivaciones: para encontrarse con los amigos, para no esperarse en la calle mientras mamá está de compras, porque aún no empieza la clase de taekwon-do, o porque el profesor le ha mandado deberes. Roguemos para que, por casualidad, un día coja un libro que le apetezca leer.

### Desayuno con libros

Si la biblioteca pública no tuviera que sustituir a la escolar, ¿quiénes serían sus usuarios?

Ir a las bibliotecas no forma parte de la vida, no es una actividad cotidiana de la mayoría como cepillarse los dientes o desayunar.

Queremos insistir que el significado del calificativo «público» implica

la voluntad de llegar absolutamente a toda la sociedad, cosa que no ocurre. Hay una serie de factores que contribuyen a que una persona determinada o un segmento de población dado sea reacio al uso de la biblioteca. Si hubiera una en cada esquina no por ello crecería el número de lectores. Las razones son otras.

Para empezar, la mayoría de las bibliotecas tienen un horario poco flexible que no coincide con el tiempo de ocio. Hay también una gran desinformación respecto a su libre acceso, a lo que allí pueden encontrar, y a los servicios que presta. Otro motivo de peso es la falta de curiosidad a dos niveles: por una parte la de entrar en un lugar desconocido. Y por otra, una curiosidad intelectual que empuja a

buscar respuestas de dudas planteadas en un concurso de la televisión, haciendo un crucigrama o en una charla con los amigos.

### El sueño de una noche de verano

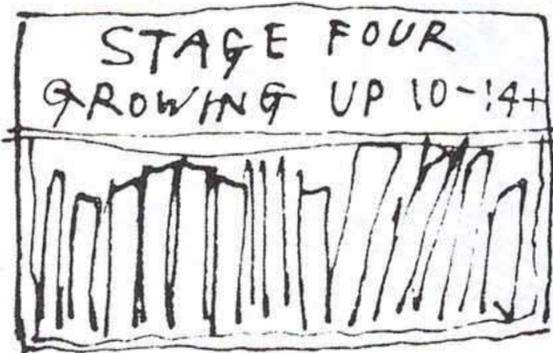
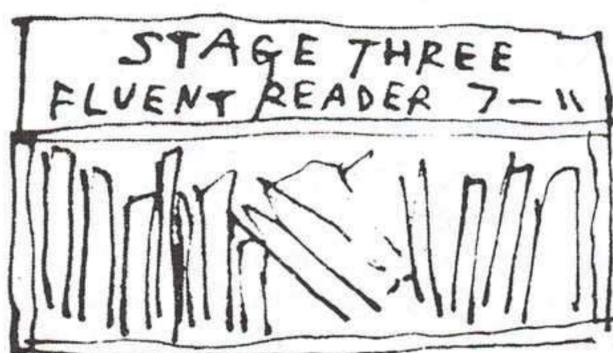
Los bibliotecarios nos lamentamos con frecuencia del sistema, de la falta de una voluntad política que no proporciona los suficientes recursos económicos para crear la infraestructura necesaria. Con esto, nuestra conciencia queda muy tranquila.

Es evidente que a la clase política no le proporciona ningún beneficio inmediato la reforma del sistema bibliotecario actual. Es una labor dura cuyos resultados no se obtienen a corto plazo, no resulta rentable económicamente. Pero si algún día alguien les contara que la renta per cápita crece a base de incrementar el número de lectores, seguro que invertirían sin pensarlo dos veces. Habría más bibliotecas que sucursales bancarias. ¡Y qué bibliotecas!

Te invitamos a cerrar los ojos y a soñar en un lugar en el que sólo al entrar, unos amables auxiliares, de cuerpo atlético, te dan la bienvenida con



QUENTIN BLAKE.

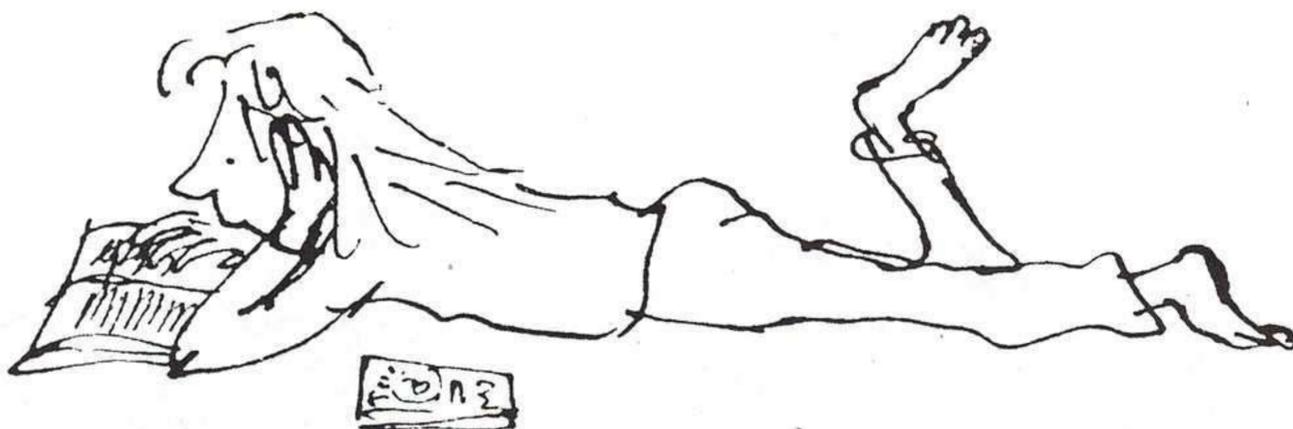


QUENTIN BLAKE.

una sonrisa en los labios, y te informan de los distintos servicios de los que puedes disponer. Mientras lees en comodísimos sofás, unas azafatas te ofrecen un tentempié dulce o salado, según la hora del día, y si lo deseas, algún refresco. En el mostrador de la sección de préstamo hay siempre una bandeja con caramelos y pegatinas con el nombre de la biblioteca. Todo eso acompaña a un modernísimo local, perfectamente equipado y un personal eficiente. Si por algún motivo no puedes desplazarte hasta la biblioteca... ¡lector, no te preocupes!, llamando a un número gratuito, un mensajero lleva a tu casa el libro que has solicitado en menos de diez minutos. Por otro lado la campaña publicitaria que realizan es ejemplar. Desde publireportajes por la TV a propaganda en la playa con avionetas que dejan caer cojines hinchables en forma de libro.

## El hijo de drácula

Como no hay interés para hacer este macroproyecto nos quedamos con nuestras humildes bibliotecas, quejándonos hasta la eternidad de la escasez de presupuesto. Pero está claro que desde esta postura no cambiaremos el mundo. Así que, ¡hay que mojarse! Para empezar hemos de prescindir de una vez por todas de la imagen de la biblioteca como templo



QUENTIN BLAKE.

del saber, concepción mítica que hemos heredado de la tradición y que no es más que una de las muchas escuelas del pasado, hoy sin razón de ser. Esto tenía su sentido en la antigüedad clásica o en los *scriptoria* medievales. Pero actualmente, cuando la cultura ha dejado de estar en manos de unos pocos y se ha puesto al alcance de todos, quizás la función de la biblioteca debería orientarse no hacia la *cultura*, sino hacia las culturas del ocio. Para el consumo de éstas, es necesario disponer de tiempo libre y saber utilizarlo de forma creativa y activa: ir al teatro, hacer deporte o ¿por qué no? ir a la biblioteca. Este tipo de actividades las practicarán personas que han sido previamente sensibilizadas para ello, (es poco probable llegar a realizarlas por inspiración divina).

Por un lado, la biblioteca debe cubrir todas las demandas culturales y recreativas y por lo tanto se requieren espacios que permiten diferentes ambientes. Por otro, los bibliotecarios hemos de perder el miedo al riesgo que supone prestar el material más

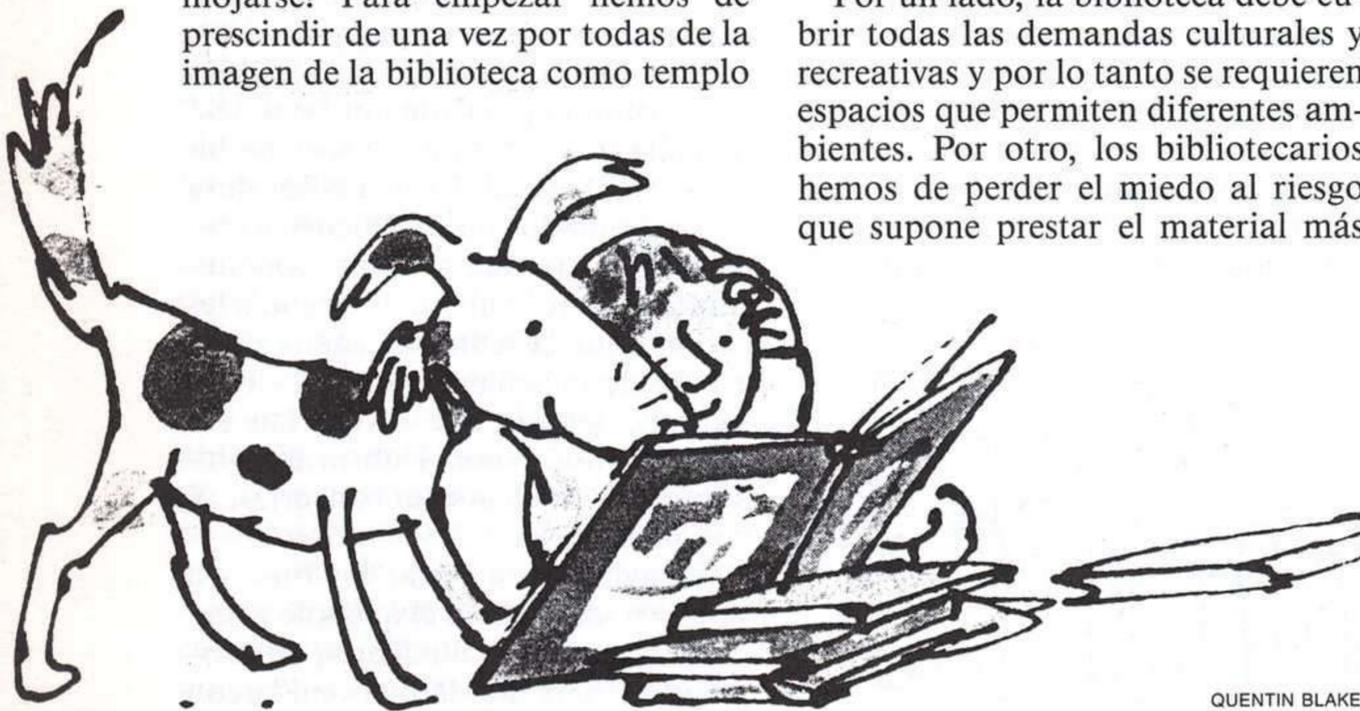
frágil ya que ésta es su función. Es preferible su muerte por un uso continuo que por inactividad. Y si renace en nosotros el fantasma del pasado con su afán de conservación hemos de ser fuertes y, aunque nos duela en el alma, tirar el material maltrecho y cuando haga falta reponerlo.

Pero esta forma de pensar es fruto, en parte, de una formación conservadora y tradicional que llega a inculcar el valor «sagrado» del libro (aunque no se diga de una forma explícita). Echamos en falta una orientación más práctica en nuestros estudios así como otros aspectos que afectan a la relación bibliotecario-lector, psicología del lector, pedagogía de la lectura, relaciones públicas o... un seminario sobre amabilidad y simpatía.

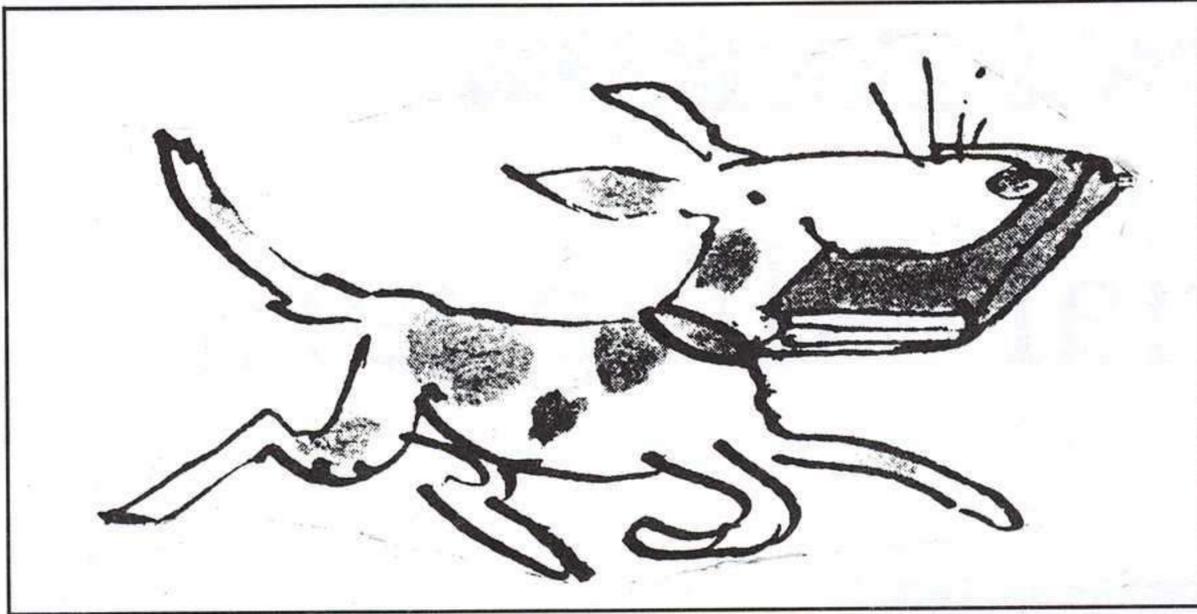
## La misión

Redimiremos el mundo por medio de la cultura. «La biblioteca pública es un instrumento para fomentar la paz y la comprensión internacional.»<sup>(1)</sup>

¿Y por qué creemos que nuestra «misión» es tan importante? ¿Es quizás, la lectura, ese oscuro objeto del deseo, el máximo valor alcanzable? ¿No sería mejor luchar por la reforma penitenciaria, contra las dictaduras militares, contra el racismo, contra el hambre? Planteamos nuestra duda seriamente, casi con cierta estupefacción, al comprobar que hace tambalear el motivo de nuestra lucha. El primer requisito para ir a la guerra



QUENTIN BLAKE.



QUENTIN BLAKE.

es creer en la causa. Pero llegamos a preguntarnos si vale la pena seguir luchando, si esta lucha tiene sentido, adónde lleva (¿a la felicidad?), y si podemos llamarla lucha.

A menudo, por no decir casi siempre, nuestra actitud roza el paternalismo. «Hay que leer.» Tenemos tan arraigado en el subconsciente la importancia (casi vital) de este acto, que pasamos del desprecio al no-lector hasta una caritativa compasión. Debemos ayudarlo, entonces, a encontrar la luz y la curación del alma.

Pero quizás los «enfermos» seamos nosotros, los que creemos en el poder del libro. Quizás nos equivoquemos los que hemos sentido el placer de estar sumergidos en la lectura, de desaparecer entre las páginas de un libro o de meterse en la piel del personaje que más nos fascina. Quizás nuestra equivocación empezó el día que entramos por primera vez en una biblioteca, ignorando que aquel privilegio podría llegar a causarnos adicción y

querríamos compartir con todo el mundo nuestro evangelio. Quizás lo que nos sobra es una buena dosis de idealismo inocente pero creemos en el progreso cultural y creemos en él como en algo importante para el desarrollo individual y colectivo. Tenemos la sensación de nadar contra corriente pero pensamos que hay que seguir avanzando, y que sí vale la pena hacer lo posible para acrecentar el número de adictos a la lectura.

Seguramente se reencarne el espíritu de nuestros antepasados bibliotecarios —sacerdotes del saber— para quienes el conocimiento era el bien máximo.



QUENTIN BLAKE.

En resumen, estamos convencidas de que la lectura puede aportar muchas satisfacciones, por lo que apostamos por ella y moriremos luchando y con las botas puestas. ■

\* Lourdes Martín, Marta Mercader y Glòria Rocafiguera son bibliotecarias-documentalistas.

#### Notas

1. *Manifiesto sobre la biblioteca pública de la Unesco*, 1972.



QUENTIN BLAKE.